

soláz del público. Un lago completa todos estos encantos, como se presenta en las láminas que ofrecemos á nuestros lectores, cuyo lago está dominado por un promontorio coronado con un pequeño templete, lejano remedo del célebre templo de la Sibila, vecino de las gigantescas cascadas de Tivoli.

Un puente colgante de sesenta y cuatro metros, colocado encima del lago, une la tierra firme á las rocas que sostienen el templete, y que contienen dos grutas espaciales, formadas de stalactitas y de stalagnitas, tan admi-

ramblemente imitadas, que parecen producidas allí mismo por la destilacion natural; así que la ilusion no puede ser mas completa, ni podía hacerse mas bella.

Terminados estos lindos jardines el 1.º de abril de este año, en cuyo dia se abrieron al público, contempló éste admirado tanta maravilla, creada toda para su recreo, contribuyendo además grandemente á la salubridad pública, porque en las grandes poblaciones, máxime si son como Paris, no solo es útil sino conveniente y aun necesaria la construccion de esos jardines, que sustituyen hoy á las



Terrenos y lago de Chaumont, núm. 2.

antiguas plazas desamparadas, con mas belleza, son mas salubres y hasta un testimonio de la cultura de los pueblos que se esmeran en adornarse con las galas de la naturaleza, y de una vegetacion siempre de primavera, porque en todos esos jardines abundan las plantas de hoja viva, mostrándose constantemente con su alegre verdor.

Véanse las láminas que presentamos, reproduccion exacta de lo que representan, y ellas dicen mas respecto á Chaumont que lo que nosotros pudiéramos añadir á lo referido.

SEGUNDA SERIE, —1867.

## II.

No dejaremos de consignar, sin embargo, que es verdad que cuestan grandes sumas estos adornos de las poblaciones, y que solo son posibles en los pueblos ricos como sucede igualmente á las personas; pero aun considerados bajo este aspecto, hay gastos de lujo, que, sin ser supérfluos, como no lo son los de los jardines, son reproductivos si se atiende á las familias á que dan de

AÑO XXV. 37



comer, á los trabajadores que ocupan, y que circula este dinero hasta entre los mas pobres jornaleros.

Serán un lujo los jardines como los de Chaumont, como los del palacio de Monceaux, los que rodean la restaurada torre de Santiago y otros que hay en París, pero es un lujo del que disfruta todo el público, para cuyo ornato se hacen, teniendo además la gran ventaja, como hemos dicho, de la salubridad pública, que es una de las primeras atenciones de todo gobierno.

París sin estos grandes desahogos, sería una población mal sana; lo mismo se ha comprendido en Londres, donde son aun mas frecuentes los jardines, y lo propio se va comprendiendo afortunadamente en Madrid, cuyas plazas vamos viendo convertidas, si no en parques tan artísticos y bellos como en la capital de Francia, en jardines al menos vistosos y que proporcionan recreo y comodidad al público.

Desde que Carlos III mandó construir el Botánico con la magnífica y liberal inscripcion que se lee sobre la puerta del Prado, apenas se había plantado un árbol ni colocado una planta en Madrid, hasta que se empezó á colocar de los primeros en algunas calles, si exceptuamos las contadas acacias de la Plazuela de Santa Ana, hoy del Principe don Alfonso. Don Martin de los Heros embelleció la Plazuela de Oriente, y traídas ya las aguas del Lozoya, ese gran venero de riqueza, que aun no apreciamos en todo su valor, se comenzó á convertir en jardines las plazas. La de Isabel II, la de las Cortes, del Progreso y Mayor, son elocuente testimonio de lo que han ganado aquellos sitios, de la mayor salubridad que debe reinar en sus alrededores, porque sabido es que los árboles absorben el carbónico y exalan el oxígeno, y no dudamos ver pronto hecha la misma transformación en otros sitios que la reclaman con no menos justicia.

En algun tiempo, se temia de la rapacidad de los muchachos, y de los que no lo eran, la destruccion de los árboles: hoy están al alcance de su mano hasta las mas estimadas flores, y todo es respetado: esto habla muy alto en pro del pueblo madrileño, y muestra lo que en educacion ha progresado, si se compara con el de los tiempos en que se rompian los cristales y los faroles; y esto mismo le hace digno de concederle esos sitios para su solaz, ya que de lo que el público paga se hacen.

Se ha dado, pues, el primer paso, y esperamos que se irán dando los demás; esto es, que ya que tenemos agua abundante, se prodiguen los saltos y juegos de la misma,

se hagan cascadas, y se saque de ese elemento, que á tanto se presta, todo el partido de que es susceptible, y en el que hasta ahora se ha fijado bien poco la atencion; siendo hasta de lamentar que habiendo tanto en que aprender, tan infinitos modelos que imitar, nos limitemos á esos pilones á flor de tierra ó poco menos sin el menor adorno y en medio un aislado surtidor, que tiene su belleza cuando se eleva, como el de la fuente de la Fama en la Granja, ó como el de la Puerta del Sol, pero que carece de ella cuando ni aun sobresale por los pequeños árboles que le rodean. Si no se quiere gastar en obras de fundicion, no caras hoy, con unos miserables pedruscos se forma un vistoso peñasco, y es mas bello que un caño de hierro. Aquí no se estudia mucho el ornato público, y parece que se hace gala además, de ignorar lo mucho que puede hacerse á poca costa, y para lo que solo se necesita un poco de ingenio, ó algo de gusto, que vale tanto. En nuestro humilde concepto, hasta de estudio debian servir tales jardines, ser modelo de ellos, ya por sus formas, ya por sus adornos, poniendo tal ó cual templete sencillo, alguna estatua, fuentes que representen algo, que todo es posible y mas hacedero que otras cosas.

Cuando vemos en los jardines extranjeros esas bandadas de niños, que parecen pintadas mariposas volando de flor en flor, y á las personas que les cuidan entregadas á sus labores, envidiamos la suerte de los habitantes de aquellos barrios, porque los de aquí, no hallan sombra en el verano en nuestros jardines, ni reunen las condiciones que en aquellos estimulan á llevar á los niños.

No desesperamos, sin embargo, de tenerlos aquí lo mismo, por lo que hacemos fervientes votos, que veremos satisfechos, sin duda, porque la opinion pública reclama ya tal mejora, y la exige de suyo el adelanto que vemos en otras cosas, y muy especialmente en los paseos. Las muchas personas que viajan, y lo hacen con el fruto que dá la observacion, aun cuando sea de lo que más halaga, son otros tantos propagadores de las reformas y mejoras públicas, que desean para su patria, con ese anhelante patriotismo que á todos nos hace procurar sino ser más, no ser menos, en cuanto sea posible, que los extranjeros. Así se forma, crece y se propaga una opinion, un deseo, y es el mas seguro camino de verle realizado, porque arrastra á ello aun á los más morosos enemigos de los adelantos.

P.



# INDICE

## DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- Estudios religiosos.—Los niños; por el conde de Fabraquer, página 2.  
 Secretos de una casa vieja, publicados por un testigo de vista; por don Dionisio Chauli, p. 4.  
 Huan-Gan-Sun, plenipotenciario chino; por V. P., p. 11.  
 Dios aprieta, pero no ahoga. Cuento a lo Trucha; por don Antonio Ferrer del Rio, p. 13.  
 Monomania de una joven; por E. M., página 16.  
 De las fiestas religiosas y populares de la Edad media; por don Salvador Costanzo, p. 18.  
 El tributo de las doncellas; por don Luis Miralles, p. 20.  
 Viaje á la costa Occidental del Africa.—Dahomey.—El ministro Mehoul; por E. V. P., p. 22.  
 Bellas artes.—Arquitectura.—El palacio de la Reina, en Turin, p. 26.  
 Educacion de la mujer; por P., ps. 26, 81 y 122.  
 El Great-Eastern y el cable transatlántico, p. 30.  
 Las distracciones del príncipe Carlos; por don Dionisio Chauli, p. 33.  
 Intrepidez de un gaucho, p. 39.  
 Costumbres antiguas.—Usos antiguos.—Combate judicial, p. 39.  
 La Maruxiña. Leyenda original de M. F. El Flaco, ps. 41 y 50.  
 ¿Cuál es el mas hermoso país del mundo? por Arago, p. 43.  
 La época del renacimiento y Cristina de Suecia; por don Salvador Costanzo, p. 44.  
 El Cairo; por el conde de Fabraquer, página 46.  
 La iglesia de la Trinidad en Paris, página 50.  
 Exposicion universal en Paris; por P., página 54.  
 Bosquejo histórico sobre las penas y los castigos; por don Salvador Costanzo, p. 56.  
 Venecia; por el conde de Fabraquer, página 59.  
 San Pedro de Armengol; por don Dionisio Chauli, p. 62.  
 Reflexiones á un reloj; por F. ..., p. 68.  
 El contento es la verdadera riqueza; por don Dionisio Chauli, p. 69.  
 Nápoles y su golfo.—Rivalidad heroica; por don Dionisio Chauli, p. 73.  
 Valencia en el mes de mayo de 1867.—Fiestas del Centenario de Nuestra Señora de los Desamparados; por el conde de Fabraquer, p. 77.  
 Episodios de la expedicion científica al Pacífico; por el conde de Fabraquer, página 86.  
 Verdad histórica sobre todo; por don Antonio Ferrer del Rio, p. 90.  
 De los legisladores en general, del catolicismo, de las leyes de Carondas y de las de Zalenco; por don Salvador Costanzo, p. 92.  
 Literatos franceses; p. 95.  
 Pasaje de Carlo-Magno; p. 97.  
 Estudios históricos.—Pelayo en Covadonga; por el conde de Fabraquer, página 97.  
 Monaco.—Historia de este principado; por P., p. 104.  
 Destruccion.—Olvido.—Renacimiento; por don Dionisio Chauli, p. 105.  
 La señora se fastidia. Proverbio; por el conde de Fabraquer, p. 110.  
 Apuntes biográficos del vizconde de Bonald; por don Salvador Costanzo, página 116.  
 La paleta de los pintores; p. 119.  
 Maravillas del arte cristiano.—La catedral de Sens, p. 122.  
 Un hombre de razon independiente; por don Dionisio Chauli, p. 126.  
 Burgos; por Piralá, p. 130.  
 Las máscaras; por don Luis Miralles, página 133.  
 Vitoria; por P., p. 136.  
 Apuntes biográficos del conde José de Maistre; por don Salvador Costanzo, página 137.  
 La caza del tigre; por G. M., p. 140.  
 Músicos compositores; p. 143.  
 La Vila-Real en Nápoles; por F., p. 145.  
 Historia de la medicina, contada para los profanos; por don Dionisio Chauli, p. 147.  
 Relacion curiosa de los servicios y de la grandeza y ostentacion del entierro del señor don Juan de Figueroa; por don Antonio Ferrer del Rio, página 151.  
 La ciencia en familia.—La erupcion de Santorino; por P., p. 153.  
 Apuntes biográficos de don Estéban Arteaga; por don Salvador Costanzo, página 154.  
 El Cielo; por G. M., p. 158.  
 Episodios de un viaje á Fernando Poo; por el vizconde de San Javier, p. 160.  
 Murmuraciones de un viejo; por don Dionisio Chauli, p. 163.  
 La caza del rinoceronte; por G. M., página 166.  
 La sabiduria de las naciones; por Ch., página 168.  
 Cruces y medallas conmemorativas de servicios hechos durante la guerra de la independencia española; por don Antonio Ferrer del Rio, ps. 170 y 201.  
 Historia de Navarra.—Roncal y Tudela; por don Juan Yanques Iracheta, página 173.  
 Nueva Holanda.—Descripcion de Sidney; por Ch., p. 175.  
 El huracan.—Fragmento de un viaje al mar del Sur; por Ch., p. 177.  
 La Justicia privada; por don Dionisio Chauli, p. 178.  
 La conciencia; por don Fernando Melado, p. 183.  
 Ventajas de la adulacion; por Fors de Casamayor, p. 186.  
 Estado y condicion de las mujeres fuera de Europa; por don Salvador Costanzo, p. 187.  
 Deberes relativos al hombre y á la mujer; por P., p. 191.  
 Fenimore Cooper; p. 192.  
 Ebersteinburgo; por F. ..., p. 193.  
 Impresiones de viaje.—Visita á la Exposicion pública de Paris; por el conde de Fabraquer, ps. 205, 223, 260 y 277.  
 De la importancia de los estudios bibliográficos y de las academias; por don Salvador Costanzo, p. 210.  
 El sable de Fakreddin; por don Dionisio Chauli, p. 214.  
 Algunas hojas de la cartera de un emigrado; por don Dionisio Chauli, página 217.  
 Los Cafés y las flores; por don Salvador Costanzo, p. 222.  
 El trabajo; por Piralá, p. 223.  
 Antonio el Renegado; por don Dionisio Chauli, ps. 229 y 266.  
 Una aventura de Murillo; por don Enrique Rodríguez Solis, p. 234.  
 Luxemburgo; por Ch., p. 239.  
 Los boëres, ps. 241 y 271.  
 Alonso Cano, la duda y la creencia; por el conde de Fabraquer, p. 250.  
 De la amistad considerada como base de la sociedad doméstica; por don Salvador Costanzo, p. 257.  
 Pérdida de una libreria; por I. Diaz Servet, p. 259.  
 El conservatorio de Artes y Oficios; por F. ..., p. 265.  
 De las abluciones y de los baños; por don Salvador Costanzo, p. 269.  
 Estudios morales.—La vanidad; por don Juan Rodríguez Rubi, p. 276.  
 Estudios filosóficos.—El paganismo y el cristianismo; por don Manuel Angel Corzo, p. 281.  
 Paris antiguo y moderno.—Los confines de Chaumont, por P., p. 287.



# INDICE

## DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- La oracion del niño, página 1.  
El niño Jesús durmiendo sobre la Cruz, pág. 4.  
Huan-Gan-Sun, teniente gobernador de la provincia de Canton, p. 12.  
Monomania por el dibujo, p. 17.  
Mehou, primer ministro, y su madre en traje de ceremonia, p. 24.  
Escalera del palacio de la Reina, en Turin, p. 25.  
Colocacion del cable transatlántico, página 32.  
Abadía de San Martin de los Campos, pág. 40.  
Un duelo jurídico en tiempo de Luis XI, página 41.  
Vista del Cairo, p. 48.  
La iglesia de la Trinidad en París, página 49.  
Palacio de la Exposicion, p. 56.  
Aguadora veneciana, p. 60.  
Antiguo arsenal de Venecia, p. 61.  
El contenido es la verdadera riqueza, página 72.  
Vista de Nápoles, p. 73.  
Paisanos napolitanos, p. 76.  
Vista de la embocadura del Rio de la Plata, p. 88.  
Indios. Habitantes de la Tierra del Fuego, p. 89.  
Ejercicios de rocambole, p. 96.  
Pasaje de Carlo-Magno, p. 97.  
Vista de Monaco, p. 104.  
Sala descubierta recientemente en las escavaciones de Pompeya, p. 109.  
Caballero, esta péndola está atrasada, página 113.  
La paleta de Bertall, p. 120.  
La catedral de Sens, p. 121.  
¡Gracias á Dios, que por fin encontré lo que buscaba!, p. 129.  
Una calle de Búrgos, p. 132.  
Vitoria, p. 136.  
Músicos compositores, p. 144.  
Vista del palacio de Villa Real, en Nápoles, p. 145.  
Formacion volcánica del promontorio del rey Jorge, p. 153.  
Trages y habitaciones de los dahomeys, p. 160.  
Un pueblo del Dahomey situado á la orilla del rio, p. 161.  
A grandes males grandes remedios, página 168.  
Los mineros de Californias, p. 169.  
Vista de Sidney, p. 176.  
Huracan en el cabo de Hornos, p. 177.  
Las victimas cristianas rogando al Señor por la salvacion de su verdugo, página 185.  
Retrato de Fenimore Cooper, p. 192.  
Satanás enfurecido se precipitó desde lo alto de la roca, p. 193.  
Los caballeros entregaron sus espadas al conde Enrique de Eberstein, página 200.  
Entrada principal al Parque de la Exposicion por el Puente de Jena, p. 208.  
Pabellon de la Emperatriz.—Acuarium.—Estufa de la ciudad de Paris.—Bellas artes: Exposicion belga.—Vista general interior del Parque, p. 209.  
Halló la hoja damasquina de un temple superior, p. 216.  
Hyerres y sus cercanías, p. 217.  
El pabellon de España, p. 224.  
Casa de Gustavo Wasa.—Pabellon de las colonias portuguesas.—Aldea rusa.—Plan general, p. 225.  
Templo egipcio, p. 228.  
Vista de la ciudad de Luxemburgo, página 240.  
Vista de la ciudad del Cabo, p. 241.  
Hendrik procuraba reanimar á la joven, p. 248.  
La fiesta interrumpida, p. 249.  
Babellon de bellas artes suizas, p. 261.  
Templo mejicano, p. 264.  
El conservatorio de Artes y Oficios, página 264.  
La habitacion de Koudouvley, p. 272.  
La venganza de un bechuana, p. 273.  
Mezquita turca y palacio del bey de Tunez, p. 280.  
Terrenos y lago de Chaumont, vista primera, p. 288.  
Idem, vista segunda, p. 289.